

Escuela de Frankfurt

Introducción

Con los nombres “Escuela de Frankfurt” o “Escuela Crítica” se designa una corriente de pensamiento que nucleó a diversos autores de filosofía, sociología, psicología, crítica literaria y otras disciplinas sociales. Se fundó con la iniciativa de jóvenes estudiantes alemanes preocupados por el destino de la República de Weimar (Grünberg, Lowenthal, Horkheimer y Adorno), que recibieron un aporte de fondos de Herman Weil, un comerciante alemán radicado en Argentina, cuyo hijo, Félix Weil, formó parte de la Escuela.

Entre los nombres más reconocidos, encontramos a dos de sus fundadores: Max Horkheimer (filósofo y sociólogo) y Theodor Wiesengrund Adorno (músico y filósofo), a quienes podemos añadir a Herbert Marcuse (psicólogo y sociólogo), Erich Fromm (filósofo y psicólogo), Friedrich Pollock (economista y sociólogo), Walter Benjamin (filósofo y crítico literario) y Jürgen Habermas (filósofo y sociólogo), al menos en su primera etapa.

Más allá de sus diferencias, este grupo de autores reunía una serie de características comunes: eran jóvenes de origen judío y burgués que leían asiduamente a Marx y Freud. Además, tuvieron un contexto histórico muy particular: vivieron las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, la crisis de la República de Weimar y la destrucción de la Segunda Guerra Mundial. Luego, padecieron en carne propia los horrores del nazismo y, al mismo tiempo, los del Comunismo Ruso. Finalmente, en su estadía en Estados Unidos, contemplaron la naciente sociedad de consumo.

En cuanto a su desarrollo teórico, se trató de un grupo cerrado, por momentos elitista, y con una gran influencia en la juventud de los años '60 y '70. Su obra, aunque vasta y heterogénea, se caracterizó por una crítica a la Ilustración, con

especial atención a Kant. Fueron dialécticos y racionalistas (Hegel), materialistas y críticos (Marx y Lukács) y esteticistas y sensualistas (Freud). Para ellos era más importante transformar la realidad que estudiarla. No contaron con un sistema o metodología específica, y apelaban a la interdisciplinariedad.

En definitiva, lo que caracteriza a la obra de la Escuela es el pensar crítico, entendido como un esfuerzo tanto intelectual como práctico que consiste en no aceptar sin reflexión las ideas, modos de actuar o relaciones sociales dominantes, y en el esfuerzo por mejorar la vida de los colectivos menos aventajados.

Historia

Agulla explica que hay tres etapas en la Escuela de Frankfurt:

A) Primera etapa: desde la creación en 1923 hasta la emigración en 1933. Es una etapa militante, muy socialista, poco creativa, pero optimista acerca de la República de Weimar.

B) Segunda etapa: desde la emigración en 1933 hasta la vuelta del grupo a Alemania en 1949. En esta etapa se integra y consolida la Escuela bajo la dirección de Horkheimer. Se trata de una época politizada, combativa contra los vestigios del nacional-socialismo; pero también sumamente crítica y creativa, con claras rupturas en el marxismo soviético y con la absorción de ideas del psicoanálisis. En ese tiempo, la Escuela se radicó en Columbia y New York.

C) Tercera etapa: desde su vuelta en 1949 hasta su disolución en 1969 con el retiro de Horkheimer. Es una etapa triunfalista y crítica de las sociedades postindustriales, con pretensiones de crear una nueva visión del mundo.

Influencia

Como hemos apuntado, la Escuela Crítica tuvo una influencia variada. En primer lugar, tenemos a Marx, de quien tomaron la visión conflictivista de la sociedad. La mayoría de los autores fueron materialistas históricos que dieron gran importancia a la ideología como forma de dominación. No obstante, su noción se acercaba más

a las tesis de Mannheim. Por otro lado, no se trató de un marxismo ortodoxo, como veremos al tratar su visión del “sujeto de la Revolución”.

La segunda influencia fue Hegel, de quien recuperaron la dialéctica, pero en este caso como un movimiento continuo. Para Adorno, por caso, la razón era inconclusa. De esta manera, instalaron la idea de una razón móvil y permeable a los cambios, siempre proclive al perfeccionamiento.

La tercera gran influencia provino del psicoanálisis de Freud, de quien tomaron, entre otras ideas, la disputa del Thanatos (instinto destructivo, sometimiento, muerte) y el Eros (instinto natural por el placer) y el combate entre el “yo”, “ello” y “super yo” y las aplicaron a la sociedad en general.

La cuarta influencia proviene de Nietzsche, de quien tomaron la noción del “superhombre” como un sujeto revolucionario, que encarnara el pensamiento de una lucha sin fronteras.

La quinta influencia es discutida. Se trata de Heidegger, con quien Horkheimer y Adorno tuvieron extensas diatribas por su pertenencia al nazismo. No obstante, la obra temprana de Marcuse sí estuvo influenciada por las ideas del *dasein*, de la persona como ser-en-el-mundo o lanzado a un mundo determinado.

Razón Instrumental

En *Dialéctica de la Ilustración y Crítica de la Razón Instrumental* Adorno y Horkheimer estudian la racionalidad de la Sociedad Moderna y concluyen que sí, que las personas aplican la razón, pero sólo como un medio para alcanzar determinados fines. Siguiendo el derrotero del concepto de acción y de modernización weberiano, sostienen que la sociedad actual cuenta con una razón instrumental; esto es, que los desarrollos técnicos, científicos o mecánicos son meros instrumentos para un fin determinado.

Según esta tesis, la Ilustración y la ciencia crearon un orden racional que no se preocupa por los medios ni, en última instancia, de las consecuencias éticas o

sociales. La razón instrumental se caracteriza por ser no reflexiva, por estar separada de la naturaleza a la que sólo busca dominar o utilizar para fines experimentales. Lo único que importa es la eficiencia. Y esto aplica tanto al nazismo o al stalinismo como a las sociedades de consumo occidentales. Un ejemplo claro serían las bombas nucleares de Hiroshima y Nagasaki. El objetivo era terminar con la guerra, sin importar cuántos civiles murieron en el camino.

El Sujeto de la Revolución

En su crítica al marxismo ortodoxo, la Escuela de Frankfurt sostiene que el proletariado ya no es el sujeto de la Revolución. En concreto, Marcuse refiere en *El hombre unidimensional* que las sociedades se caracterizan por una dominación administrada que provoca que el aparato productivo tienda a hacerse totalitario, en la medida en que determina las ocupaciones, aptitudes, necesidades y aspiraciones individuales. Se trata de una sociedad unidimensional que borra la existencia entre la vida pública y privada y establece formas de control y cohesión social más efectivas y placenteras.

Por su parte, el progreso científico y técnico también se convierte en un instrumento de dominación, de allí a que se discuta su racionalidad. Siguiendo la estela de Marx, Marcuse enseña que la alienación ha alcanzado un punto de no retorno. Las personas se reconocen en su automóvil o en su teléfono celular. A medida que estos productos se hacen asequibles a más individuos de diversas clases sociales, se lleva a cabo un adoctrinamiento social que tiene una única dirección, lo que lleva a rechazar cualquier enunciado crítico.

Conforme a ello, la clase trabajadora ya no cree ni desea la Revolución proletaria. Por el contrario, está sujeta cómodamente al aparato productivo a raíz de la nivelación en la esfera de consumo. Ya no perciben la relación dialéctica entre capitalista y proletario. Son esclavos sublimados, pero esclavos al fin, que no tienen poder de decisión real sobre el destino de su vida o muerte. Al fin y al cabo, si las personas están felices con los bienes y servicios que el sistema les suministra, ¿por qué combatirlo? ¿Por qué soñar con otro futuro? Con estas premisas, el proletariado marxista se convierte en un concepto mitológico.

Medios de Comunicación

En *Teoría Estética*, libro inconcluso de Adorno, se inicia una crítica cultural que da cuenta tanto de la sagacidad de esta Escuela como de cierto carácter elitista. Actualizada, su teoría enseña que antes leer un libro o escuchar una sonata eran experiencias limitadas a un grupo reducido de personas que podían disfrutarlas. Hoy, en cambio, cualquiera puede leer a Shakespeare o escuchar a Mozart con un clic o a través de su teléfono celular. ¿Qué es lo que se pierde con esta masificación? La crítica, la capacidad de revolución.

Para Adorno, los medios de comunicación sirven tanto para difundir temas educativos o culturales como para manipular conciencias e imponer consignas. Su último mensaje es que la industria de la cultura priva constantemente a sus consumidores lo que permanentemente promete: felicidad plena, que es irrevocablemente ilusoria. No son obras de arte, luego transformadas, sino desde un principio artículos producidos para ser vendidos exclusivamente en el mercado. Marcado por su contexto, Adorno llegó a afirmar que después de Auschwitz no se puede escribir poesía.